

J. Katia Perdigón
Castañeda*

ANTROPOLOGÍA



*A tu piel morena, de cacao tu boca.
Gracias por ser simplemente tú...*

La muerte es la cesación definitiva de la vida, e implica un cambio completo del estado físico de un ser vivo, en el que se da la pérdida de sus características esenciales. En el hombre la muerte se reconoce somáticamente por la interrupción del latido cardíaco, la respiración, los movimientos, los reflejos o la actividad cerebral, a lo que le sigue la frialdad y la lividez cadavérica; más tarde la putrefacción y la exposición del sistema óseo; de ahí al polvo...

Desde su aparición en este planeta, el hombre se ha visto consternado por el deceso de quienes le rodean. Ha aprendido a vivir, temer, respetar, e incluso a venerar a sus difuntos y a la muerte misma, que ha formado parte de la historia de las antiguas civilizaciones de oriente y occidente. La expresión de la muerte la podemos observar en diversas religiones, sectas y comunidades.

El tema de la muerte, al igual que el sexo, se ha convertido en un asunto tabú, pues tan sólo mencionarla produce silencio, admiración, miedo e incluso prejuicio. Para algunos la “innombrable”, cuando sienten su inminente llegada, resulta en la actualidad un tema fascinante, ya que en este siglo se percibe, se siente o se muestra no sólo individualmente y como resultado de factores “naturales” (fallas en el organismo que resultan fatales), sino como un hecho voluntariamente provocado (suicidio, asesinato), o bien a causa de desastres naturales (sismos, erupciones volcánicas, huracanes, por citar algunos). La muerte también puede ser masiva, a consecuencia de la mortandad provocada por guerras, epidemias o cataclismos. Se esconde tras la historia de diversos conflictos armados, interétnicos, religiosos o territoriales; en la lucha por el poder y la libertad; poco se muestra ya como en el pasado: mediante el combate cuerpo a cuerpo. Ahora se



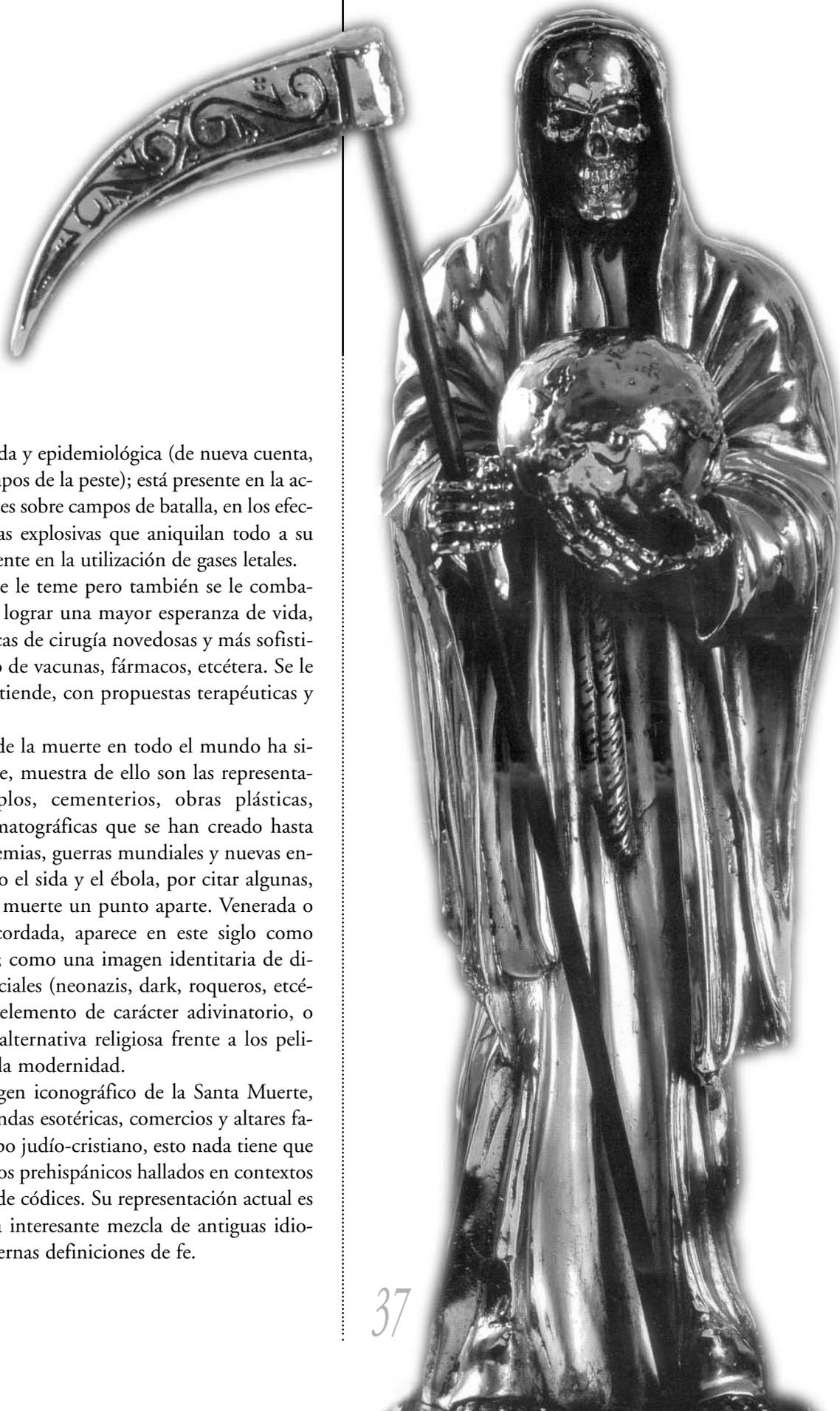
* Coordinación Nacional de Conservación, INAH.

ha vuelto acelerada y epidemiológica (de nueva cuenta, como en los tiempos de la peste); está presente en la acción de los tanques sobre campos de batalla, en los efectos de las bombas explosivas que aniquilan todo a su paso, o simplemente en la utilización de gases letales.

A la muerte se le teme pero también se le combate, con el fin de lograr una mayor esperanza de vida, utilizando técnicas de cirugía novedosas y más sofisticadas, con el uso de vacunas, fármacos, etcétera. Se le asume y se le entiende, con propuestas terapéuticas y religiosas.

La presencia de la muerte en todo el mundo ha sido y es constante, muestra de ello son las representaciones en templos, cementerios, obras plásticas, literarias y cinematográficas que se han creado hasta ahora. Las pandemias, guerras mundiales y nuevas enfermedades como el sida y el ébola, por citar algunas, han hecho de la muerte un punto aparte. Venerada o simplemente recordada, aparece en este siglo como signo de peligro; como una imagen identitaria de diversos grupos sociales (neonazis, dark, roqueros, etcétera); como un elemento de carácter adivinatorio, o bien como una alternativa religiosa frente a los peligros que otorga la modernidad.

Si bien el origen iconográfico de la Santa Muerte, observado en tiendas esotéricas, comercios y altares familiares, es de tipo judío-cristiano, esto nada tiene que ver con los diseños prehispánicos hallados en contextos arqueológicos o de códices. Su representación actual es resultado de una interesante mezcla de antiguas idiosincrasias y modernas definiciones de fe.



Antecedentes

La representación de la muerte nos remite a una cuestión biológica, la cesación definitiva de la vida. Sin embargo, cuando la religión católica llegó a tierras americanas, se introdujo la idea de la muerte dentro



Túmulo funerario de Santa Prisca, Taxco, Guerrero.

de la liturgia, a través del deceso de Cristo para la salvación de los hombres, y con la expiración de santos y mártires, como ejemplo de un “vivir bien”, para alcanzar la vida eterna en el cielo.

Considerada en el Antiguo Testamento como consecuencia lógica e inevitable de la creación del hombre con el polvo de la tierra,¹ la muerte también fue resultado de la desobediencia de Adán y Eva, quienes impidieron al género humano la inmortalidad.² En dicho escrito, el alma y el cuerpo son considerados como una sola entidad. Luego de morir, el hombre se transforma en una unidad sutil y etérea, que lo lleva a la existencia inerte en el Seol, la morada de los muertos.³

Por otra parte, en el Nuevo Testamento se menciona a la muerte como uno de los mayores males, y será el último enemigo que Cristo someta el día de su se-

¹ *Biblia de Jerusalén*, Barcelona, Editorial Española Desclée de Brouwer, 1975, Gen 3:19; cf. Job 10:9; Ecl 12:7.

² *Ibidem*, Gen 2:17; 3:19, 22-24.

³ *Ibidem*, Gen 12:5, Lev 21:1, Job 3:13-19.

gundo advenimiento.⁴ Si bien Jesús murió por nuestros pecados⁵ (de acuerdo con la teología Paulina), al final de los tiempos, cuando se haga extensiva a todos la resurrección, se habrá alcanzado el triunfo sobre la muerte.⁶

Como herencia de la Europa medieval en cuanto a los preceptos bíblicos anteriormente citados, incluido el temor al juicio final y al infierno, surgió la representación de la *Danza Macabra*, utilizada en la literatura y las artes ante las pandemias, que no respetaban sexo, edad ni posición social. Elementos de esta herencia mortal llegaron posteriormente al Nuevo Mundo.

Siendo la muerte parte de los fundamentos del dogma, se introdujo deliberadamente el “Triunfo de la Muerte” dentro de la iconografía católica, ya fuese en forma de danza o bajo el nombre de “Autos de las Cortes de la Muerte”. Ha estado presente en el teatro novohispánico de evangelización, en sonetos, bailes (como los que actualmente vemos en Guerrero y Oaxaca), en representaciones plásticas de tipo religioso,

como las pinturas murales de templos y conventos (Malinalco, Estado de México; Huatlatlauca, en la Sierra de Puebla; en Sarik y Pitiquito, Sonora). También se encuentra en diversas pinturas de caballete que conforman catafalcos o piras, como la de Santa Prisca, en Taxco, lo mismo que políptico de la muerte en el Museo Nacional del Virreinato en Tepotzotlán. Se observa también en pinturas de caballete, exentas o litografías. Además se encuentra reproducida en grabados, libros de coro, como parte de la decoración mural de algunas casas,⁷ o de elementos arquitectónicos.

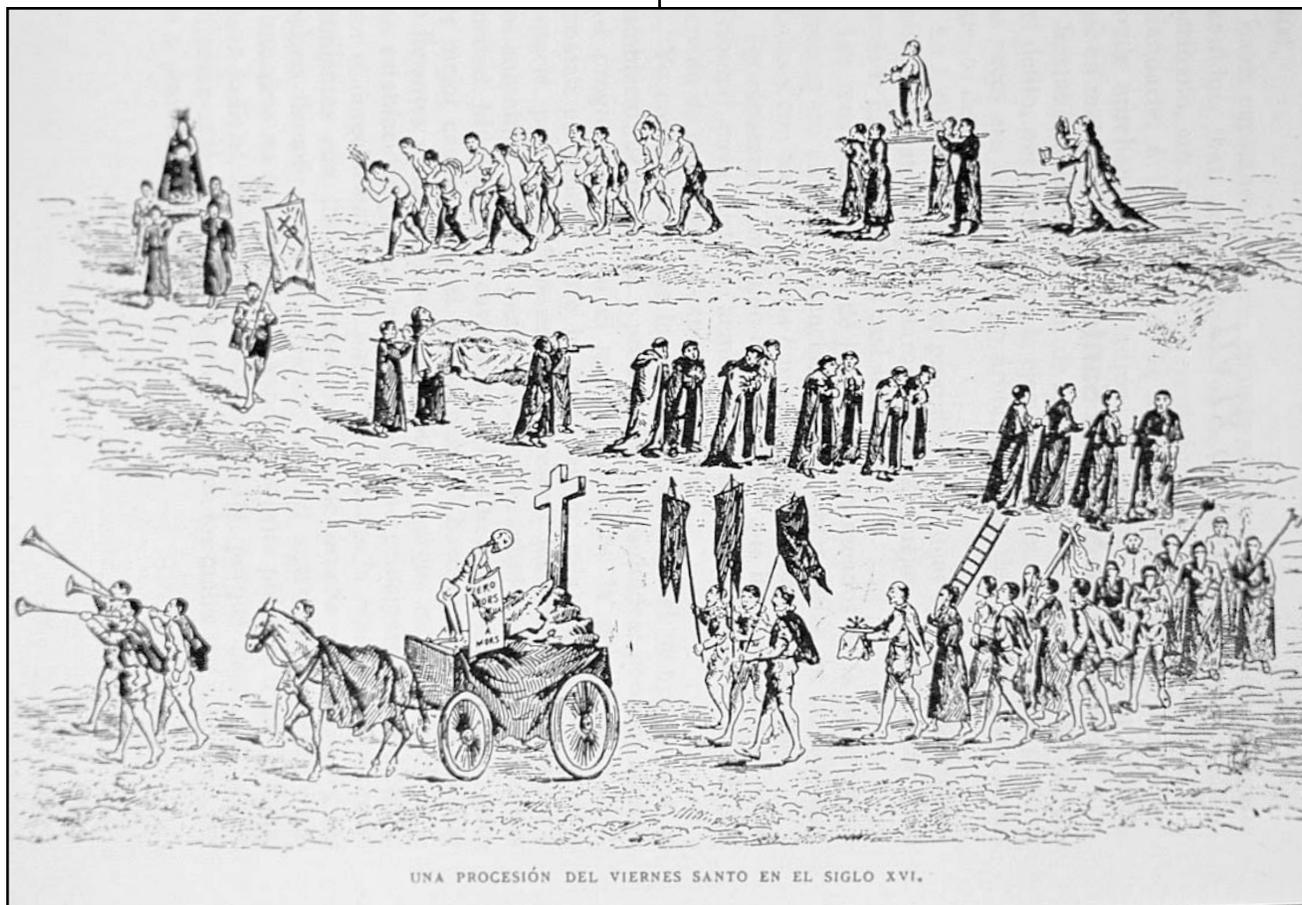
La muerte en la Nueva España se coronó y entronizó, segando vidas, acarreando almas al purgatorio o al infierno, entre ángeles y demonios. De carácter triunfalista pero con efecto meditabundo, se ve como muerte arquera, pudridero, hilo de la vida, escalada de

⁴ *Ibidem*, I Cor 15:26.

⁵ *Ibidem*, Rom 4:25.

⁶ *Ibidem*, I Cor 15:54:57; cf. Is 25:8; Os 13:14.

⁷ Ejemplo de ello es la Casa del Dean, en Puebla.



UNA PROCESIÓN DEL VIERNES SANTO EN EL SIGLO XVI.

Procesión de Viernes Santo en el siglo XVI, litografía, en Luis González Obregón, *México Viejo*.

la vida, árbol vano, caja de viaje, penas del infierno, etcétera. Todos ellos ejemplos del ejercicio de la conversión y la renuncia a los placeres de la vida carnal.

A esta imaginiería se agregan las representaciones escultóricas. Se sabe que este tipo de tallas, al igual que los tableros pintados, eran empleadas en piras funerarias,⁸ que revivían un antiguo rito mortuorio del mundo clásico (la apoteosis) en donde a la vez se alentaba la propaganda política por medio de emblemas. Piras erigidas con motivo del fallecimiento de grandes personajes (reyes, virreyes, obispos, arzobispos o particulares de alta posición socioeconómica). Este catafalco era una construcción efímera que se colocaba, por lo regular, en algún templo, para que fuese observada por la feligresía.

Asimismo había esculturas de bulto que circulaban por las calles de algunas ciudades de la Nueva España, a las

⁸ Otros nombres que se le dieron a las piras fueron: túmulos, máquinas de espanto o de pavor, aparatos fúnebres, máquinas luminarias, estufas, mausoleos, capillas ardientes o monchentos.

que se nombraban carretas de la muerte. En ellas se llevaba la escultura de un esqueleto, sentado en su trono, coronado, que portaba una hoz a manera de cetro. Esta alegoría presidía la procesión del viernes santo a las imágenes de los ángeles, elementos de la pasión, el santo entierro, la virgen dolorosa, entre otros. Esta imagen de la muerte tiene posiblemente el significado del triunfo de la muerte sobre el hijo de Dios, quien, según las escrituras, tuvo que morir por nuestros pecados. Más tarde Cristo vence a la muerte al resucitar de entre los muertos y, en espera del juicio final, Él dará muerte espiritual al pecado para lograr una vida resucitada en la justicia y el amor. Si bien en el viernes santo se recuerda un día de tristeza en el que se consuma el grandioso sacrificio, “el inmortal ha muerto de muerte mortal”. Esta representación es el triunfo de la Santa Cruz sobre la muerte.

Luis González Obregón, al hablar del descenso y entierro de Cristo en 1582, hace mención de las solemnes festividades religiosas que en el curso de la Semana Santa se hicieron en el siglo XVI. Referente a la procesión del viernes santo comenta lo siguiente: “Seguíanse inmediatamente

la procesión, precediendo a las insignias un carro pequeño cubierto de luto, y en el centro una cruz a cuyo pie iba postrada la muerte, y de cuyos brazos colgaba un título en latín, que traducido decía: “¿Muerte, dónde está tu victoria?” y al reverso: “Muerte, yo seré tu muerte”. Acompañaban a este carro tres individuos enlutados, que tocaban tres trompetas destempladas, que al tocarlas de cuando en cuando imponían por su majestad y sentimiento.

De ser un símbolo fundamental para el catolicismo, la imagen de la muerte cayó en desuso en las procesiones, tal vez a causa del temor de los sacerdotes al ver que la Santa Muerte comenzaba a estar presente en los oratorios domésticos indígenas.⁹

La Santa Muerte, protectora de los hombres

Específicamente, la Santa Muerte muestra atributos traídos de occidente que nada tienen que ver con los antecedentes prehispánicos. Conocida también como Santísima Muerte, Hermana Blanca, Santísima, con el sobrenombre de San Pascual o Santa Pascuala y San Bernardo, se desconoce el origen y época de su calificativo de “santa”.

Iconográficamente, la Santa Muerte se representa como un esqueleto humano vestido con túnica y manto, expresando de esta forma la pureza. Lleva una aureola sobre el cráneo que la evidencia como una personalidad divina. A la diestra muestra una balanza, símbolo de la justicia y una guadaña, emblema del tiempo así como del cese de la vida. En la mano izquierda porta el globo terrestre que significa la fragilidad del mundo y, a veces, se acompaña de un búho, emblema del apetito carnal y de las doctrinas heréticas,

⁹ Judith Katia Perdigón Castañeda, “La devoción en el Nacimiento y Muerte (El Niño pan de Xochimilco y la Santa Muerte de Yanhútlán)”, en *Imaginería indígena mexicana, una catequesis en caña de maíz*, Córdoba, España, Caja Sur, 2001, pp. 266-267.

además de ser sinónimo de la muerte. Puede estar de pie o sentada, portando los atributos o sin ellos, incluso acompañada de un moribundo.

El culto contemporáneo es de origen dudoso: se dice que apareció en Hidalgo en 1965. Que fue traída por el culto santero cubano. Que la Santa Muerte se le presentó a un brujo chamán de Córdoba, Veracruz, a quien le pidió que propagara su culto para ayudar a la humanidad, pero existen antecedentes de este culto desde la Colonia.

A la Santa Muerte se le ubica en un altar donde queda delimitada la frontera entre lo sagrado y lo profano, punto de mira desde donde ella cuida al clan familiar o

el comercio. Está generalmente sola y en menos casos junto a Jesucristo o la Virgen, aunque también puede verse entre elementos de otras religiones. Cabe señalar que existen diferentes estilos de poner los altares, dependiendo de quien sea el devoto o a qué se dedique; así tenemos desde modestos altares familiares o de comerciantes, pasando por los asociados a la narcocultura, hasta los más elaborados que tienen los llamados iniciados que, por sus características, se acercan más a la religión Yoruba.

Es interesante observar que esta imagen tiene un alto porcentaje de ventas en el mercado. La Santa Muerte es accesible para todo aquel que la quiera como protectora o símbolo de identidad. Los productores se las han ingeniado para vender a la Santa Muerte en diferentes presentaciones: esculturas, medallas, anillos, pinturas, cromos, estampas, veladoras, inciensos, perfumes, jabones, esencias y aerosoles. Se le rezan oraciones y novenas, y puede incluso formar parte de un altar con otras imágenes o usarse para ejecutar limpiezas con yerbas, alumbre, etcétera.¹⁰

¹⁰ Judith Katia Perdigón Castañeda, “Entre males, curaciones, yerbas y amuletos. El Mercado de Sonora”, en *La Ciudad desde sus lugares, trece ventanas etnográficas para una metrópoli*, México, CNC /UNAM / Miguel Ángel Porrúa, 2001, p. 231.



Acercamiento de una creyente.

Un elemento importante es el relacionado con el color, pues hay una diferenciación de acuerdo con las peticiones: amor, dinero, protección de cuerpo y alma. Estos colores pueden verse en esculturas, veladoras, lociones, listones o flores empleadas en los ritos específicos. También se encuentran publicaciones especializadas en esotería, brujería y folletos, que se pueden adquirir fácilmente en cualquier puesto de periódicos, tiendas especializadas, incluso en las calles de la Ciudad de México, en las que algunos vendedores ambulantes tienen como mercancía cuarzos y material esotérico.

Popularmente, la Santa Muerte está considerada entre “la dulia (tributo a ángeles y santos) como intercesora y mediadora entre lo terreno y lo divino, la vida y la muerte, el cielo y la tierra”.¹¹ Como divinidad representa y ordena, más no enseña nada como es el caso de un santo o un mártir cristiano. Está dotada de un carácter particular y de atributos específicos: no es “ni buena ni mala”, puede llevar a cualquier sujeto a la enfermedad o al deceso o, por el contrario, a tener buena salud; es capaz de conducir al cielo o al infierno cuando llega el llamado de Dios. En su uso ritual empleado dentro de la brujería¹² es blanco y negro a la vez, y sirve de intermediaria entre Dios y el Diablo. Cabe mencionar que una curandera del mercado de Sonora comentó que para dedicar algo al mal puede usarse cualquier imagen católica, “si está preparada para fregarte, te va mal, aunque sea una veladora de la Santísima Trinidad, a la muerte la usas como quieras”. Luego entonces, la Santa Muerte es de carácter ambiguo y ambivalente, hay que tratar de comprenderla a la manera de Augé: como objeto-materia. El objeto-cosa en un plano simbólico, como signo de reconocimiento y en el plano del fetichismo como presencia real de un ser actual que no se puede reducir a su manifestación.

¹¹ *Ibidem*, pp. 230.

¹² Es necesario hacer notar que la brujería blanca difiere de la negra en que usa a Dios y a la corte celestial para interceder por el bien de una persona, caso contrario de la negra, en la que se invoca al Demonio para proveerse de lo necesario, aunque sea afectando a terceros.



Algunos productos de la Santa Muerte, Mercado de Sonora, D.F.

De acuerdo con los preceptos de la Iglesia católica, de ser la muerte aquella que lleva las almas al cielo, infierno o purgatorio, según el comportamiento de los mortales, pasa a ser mediadora entre el hombre y Dios, como lo son los santos. Se vuelve capaz de hacer milagros de cualquier índole, ¡a ella se le pide!

Pese a su prohibición “oficial”, el símbolo no ha sido omitido por un amplio sector de la población, pero en la actualidad ha cobrado otra connotación. Es inevitable que la gente interprete y reinterprete significados fuera de los circuitos oficiales. Aunque considerada de menor prestigio, la producción y veneración de esta imagen, hoy ilegítima a la vista de la religión, ha generado lo que podríamos llamar un sincretismo, en el que el objeto-símbolo da una garantía cósmica y tiene la facultad de transformar la suerte de quien lo invoque; un sincretismo relacionado, además, con un estilo de vida.

A manera de reflexión final

Después de este breve recorrido, hemos visto que la imagen de la Santa Muerte no surgió espontáneamente, sino como producto del devenir histórico y religioso en Europa. Al llegar al territorio de la Nueva España, se afianzó en las comunidades nativas y mestizas. Es importante dejar claro que no se trata de ninguna manera de un símbolo que tenga que ver directamente con la cosmovisión prehispánica, pues los elementos iconográficos que la componen así lo demuestran.



Queda todavía una pregunta sin responder, y es: ¿desde cuándo y por qué se dejó de usar este elemento emblemático en México?, pues en algunos rituales católicos en España aún se usa.¹³

Pese a la prohibición de la Iglesia, los creyentes han aumentado. Ellos juzgan que “es mejor que los santos”, “tal vez porque está con Dios y con el Diablo” o porque “siempre está con nosotros, por dentro”. Éstas serían, quizá, algunas de las razones por las cuales los devotos asumen su eficacia.

El culto, si es que se puede llamar así, queda un tanto

la crisis económica, social y personal. Entonces el ciudadano tiene la necesidad de buscar en la religión aquello que le colme de paz, tranquilidad y esperanza. Así pues, hemos observado un mayor apego a la Iglesia católica, el cambio a otro dogma e incluso la creación de nuevas sectas. Pero lo que persiste con mayor intensidad es lo que se ha llamado religiosidad popular, como una intención práctica de resolver los problemas. “En el caso de la gente de clase baja, cuando busca significados a menudo mezcla la religión con una búsqueda de soluciones a sus problemas de sobrevivencia”.¹⁴

Fuera de los circuitos oficiales de la imaginería de la Iglesia católica, se ha dado una vasta producción de figuras representativas para algunos sectores de la población en México que se mezclan con los elementos genéricos marianos, los santos, los mártires y los cristos. Algunos de estos elementos pueden ser figuras de otras religiones como Buda, Kali, Shiva, etcétera; o incluso sujetos que por sus hazañas en el pasado hoy son venerados, como por ejemplo Pancho Villa, único héroe que en vida logró vencer a las huestes de Estados Unidos; Jesús Malverde, quien fuera un bandido generoso; o el Niño Fidencio, famoso curandero. También se ven, en un sincretismo absoluto, seres míticos como dragones, unicornios, pegasos, hadas, trolls o duendes, ángeles (elementos conocidos dentro del movimiento denominado



Veladoras de la Santa Muerte.

subterráneo, semiescondido, indefinido, pues si bien hay una identificación entre feligreses tan sólo por llevar la imagen, difícilmente están abiertos a hablar de su creencia.

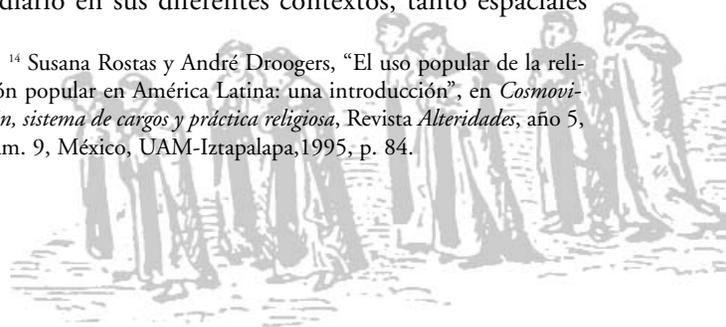
Ahora bien, otra razón del cambio de santos y vírgenes por la Santa Muerte, podría deberse a que, en la vida agitada de la Ciudad de México, la delincuencia, el crimen, la corrupción y el desorden se han incrementado con más fuerza, viviéndose una sensación de inseguridad a cualquier hora del día. Luego viene el nacimiento del nuevo siglo y los constantes embates de

New Age). Todos estos iconos son usados con el mismo fin: proteger y proveer de casa, alimento, amor y dinero. Un símbolo que puede proveer de estos satisfactores es la Santa Muerte, que otorga seguridad en mayor medida a quienes la portan, pues “si uno viaja en un pesero que lo están asaltando, y uno trae la medalla de la Santa Muerte, si el ratero también cree en ella no te hace nada”, me comentó una persona.

Es evidente que para entender este símbolo vivo, en tanto que está plagado de significados, hay que estudiarlo en sus diferentes contextos, tanto espaciales

¹³ Caso específico la imagen de la Canina, que sale con la Hermandad del Santo Entierro, durante la Semana Santa en Sevilla, España.

¹⁴ Susana Rostas y André Droogers, “El uso popular de la religión popular en América Latina: una introducción”, en *Cosmovisión, sistema de cargos y práctica religiosa*, Revista *Alteridades*, año 5, núm. 9, México, UAM-Iztapalapa, 1995, p. 84.



como en los rituales conocidos abiertamente, además de estudiar el tipo de feligresía.

Para finalizar, quiero expresar que éste es apenas un esbozo general de acuerdo con mis observaciones en campo. Aún quedan por analizar diversas facetas, tanto del símbolo como de la feligresía. En esos estudios se tendrían que incluir las capillas dedicadas a la Santa Muerte, o el análisis profundo de la secta, si es que la hay, para conocer rituales y jerarquías de organización. Es interesante saber si existen esculturas de la muerte pertenecientes al periodo colonial, que estén o no en culto como la de Yanhuitlán, Oaxaca; Tepatepec, Hidalgo; Tuxtla Gutiérrez, Chiapas; y así, podríamos seguir enumerando muchas líneas de investigación que nos pudieran acercar a una mayor comprensión de esta imagen protectora.

En suma, no importa el material del que está hecha la Santa Muerte; tampoco el color o el tamaño, incluso si se puede untar, ver u oler; lo que interesa es el significado que le otorgan los diferentes consumidores como símbolo protector y dador de bienes.

BIBLIOGRAFÍA

Augé, Marc, *Dios como objeto. Símbolos-cuerpos-materias-palabras*, Barcelona, Gedisa, 1996.

Basarte Alicia y Elsa Malvido, "Los túmulos funerarios y su función social en la Nueva España. La cera, uno de los elementos básicos", en *Espacios de mestizaje cultural*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 1991.

Biblia de Jerusalén, Barcelona, Editorial Española Desclée de Brouwer, 1975.

Calderón de la Barca, Madame, *La vida en México*, México, Porrúa (Sepan cuantos, 74), 1990.

Diccionario ilustrado de la Biblia. Lugares, concordancias y personajes, México, Reader's Digest, 1995.

Enciclopedia Microsoft® Encarta® 2002, Microsoft Corporation©, 1993-2001.

Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1995.

González Obregón, Luis, *Las calles de México*, México, Alianza Editorial (Clásicos Mexicanos), 1997.

Gruzinski, Serge, *La guerra de las imágenes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

—, *La colonización de lo imaginario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

López de Mariscal, Blanca, *Fray Joaquín Bolaños. La portentosa vida de la muerte*, México, El Colegio de México, 1992.

Matos Moctezuma, Eduardo, *Muerte al filo de obsidiana*, México, Asociación de amigos del Templo Mayor, A.C. / Fondo de



Rey Pascual, una de tantas imágenes que se venden en la Ciudad de México como Santa Muerte.

Cultura Económica, 1996.

Navarrete, Carlos, *San Pascualito Rey y el culto a la muerte en Chiapas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Antropológica, 46), 1982.

Perdigón Castañeda, Judith Katia, "Los que curan a los Santos. Un estudio antropológico de los restauradores del Centro Churubusco y su relación con los objetos de culto", tesis de maestría en Antropología Social, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1999.

—, "La devoción en el Nacimiento y Muerte (El Niño pan de Xochimilco y la Santa muerte de Yanhuitlán)", en *Imaginería indígena mexicana, una catequesis en caña de maíz*, Córdoba, España, Caja Sur, 2001.

—, "Entre males, curaciones, yerbas y amuletos. El mercado de Sonora", en *La Ciudad desde sus lugares, trece ventanas etnográficas para una metrópoli*, México, CNC-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 2001.

Rostas, Susana y André Droogers, "El uso popular de la religión popular en América Latina: una introducción", en *Cosmovisión, sistema de cargos y práctica religiosa, Alteridades*, año 5, núm. 9, México, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 1995.

Rowe, William y Vivian Shelling, *Memoria y modernidad*, México, Grijalbo (Los noventa), 1993.

Turner, Víctor, *La selva de los símbolos*, México, Siglo XXI, 1976.

Westheim, Paul, *La calavera*, México, Librería Robredo, 1953.